



Rubén Darío en la decadencia de las monarquías

Carmen Ruiz Barrionuevo¹

Resumen. Las opiniones de Rubén Darío sobre la realeza se vierten de modo esporádico, pero significativo, en el conjunto de su obra. La poesía y la narrativa reúnen un tópico y un concepto en ocasiones crítico de la monarquía. Sin embargo son más interesantes los ensayos que tienen como protagonistas a Pedro II de Brasil, Amelia de Portugal, Alfonso XIII y la regente María Cristina. La figura de Eugenio de Montijo señala el aura de maldición y el esteticismo a los que se refiere el poeta.

Palabras clave: Rubén Darío; monarquías; Eugenia de Montijo.

[en] Rubén Darío in the decadence of the monarchies

Abstract. Ruben Darío's opinions on royalty are sporadic, but significant, in the whole of his work. Poetry and narrative bring together a topic and a sometimes critical concept of the monarchy. However, the essays featuring Pedro II of Brazil, Amelia of Portugal, Alfonso XIII and regent María Cristina are more interesting. The figure of Eugenio de Montijo points to the aura of curse and aestheticism to which the poet refers.

Keywords: Rubén Darío; monarchies; Eugenia de Montijo.

Cómo citar: Ruiz Barrionuevo, C. (2017) Rubén Darío en la decadencia de las monarquías, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 46, 145-157.

Se suele vincular una parte de la poesía modernista, muy en especial la de Rubén Darío (1867-1916), con el boato de las cortes reales y sobre todo con la imagen de la princesa que, encerrada en el castillo, espera a su príncipe, tal y como describe la famosa “Sonatina” incluida en *Prosas profanas* (1896), (1953, V: 774-775), pero, aunque no aceptemos ese tópico tan desgastado y admitamos otro tipo de interpretaciones, por ejemplo una lectura metapoética, tenemos que convenir en que la imagen de la realeza, tan dada al lujo y la fastuosidad, está muy relacionada con la escritura finisecular, desde la exaltación de los reyes legendarios a los palacios y la persona de Luis II de Baviera, que tanto admiraron todos los modernistas y el propio Darío cuando lo homenaja en “Blasón”: “Boga y boga en el lago sonoro / donde el sueño a los tristes espera, / donde aguarda una góndola de oro / a la novia de Luis de Baviera”, (1953, V: 777). Es legítimo, por tanto, plantearnos cómo surgen en Darío las imágenes de los soberanos y las cortes reales, cómo se desarrollan, qué impresiones y qué lugar ocupan en su obra. Para

¹ Universidad de Salamanca.
E-mail: barrionu@usal.es

ello acudiremos fundamentalmente a sus textos en prosa ya que en sus versos las referencias alcanzan un nivel de sugerencia como en el ejemplo que acabamos de citar.

Hace ya varias décadas Ricardo Gullón hizo ver que existía en Darío una actitud aristocrática que evaluaba, al revisar la elaboración de su poesía, “como representante de una aristocracia intelectual, integrada por cuantos disientan de la vulgaridad y la chabacanería profesadas por los detentadores del poder” (1967: 375). De hecho advertía que en su poema “¡Torres de Dios! ¡Poetas!”, incluido en *Cantos de vida y esperanza*, manifestaba el nicaragüense la conciencia de su misión e insistía en el aristocratismo intelectual (376) tal y como lo había exhibido en las ‘Palabras liminares’ de *Prosas profanas* (1896), aclarando al respecto:

El aristocratismo, al oponerse a la mediocridad se opone a la nivelación que esta trata siempre de imponer, siguiendo el impulso natural a la uniformidad que su ley interior le impone. Por eso los poetas modernistas se veían como defensores de una libertad amenazada, so pretexto de igualitarismo, por los ortodoxos de todas las ortodoxias. (Gullón, 1967: 383-384)

El rechazo al mundo burgués está presente en la mayor parte de los escritores del modernismo, y aunque en las sociedades hispánicas la clase burguesa fue reducida, en comparación con otros países de Europa, “el sistema de valores burgueses que se asentó paulatinamente en las grandes ciudades ejerció una ‘presión de acomodamiento’ en todos los demás estratos de la sociedad”, por lo que “los principios de la sociedad burguesa se impusieron en todas ellas” (Gutiérrez Girardot, 1980: 44) ejerciendo una profunda transformación. Y aún más, “Ese burgués vilipendiado había puesto en funcionamiento una infraestructura económica a la que atendía con tenaz asiduidad, aunque pudiera estar muy distante de sus tradicionales convicciones religiosas y morales” (Rama, 1970: 49). El desprecio que el escritor modernista sintió por esta clase social advenediza y poderosa les llevó, en contrapartida, a la atracción y admiración por la aristocracia como clase que en cierto modo había sido reemplazada por la clase burguesa y cuya imagen ofrecía un aura muy especial de impacto estético, acompañada en apariencia por todos los dones de excelencia, de sensibilidad artística y aprecio de la belleza. Sin embargo esta misma situación social que introdujo la modernidad había originado una franca decadencia en la aristocracia que fue bien visible doblando el siglo. Ello se aprecia en alguna de las últimas crónicas de Darío acerca del tema, como veremos, e incluso resulta significativo comprobar que en el primer número de la revista *Mundial Magazine*, que el poeta dirigió en París de 1911 a 1914, se publique un artículo de Andrés Ibels titulado precisamente “Magestades caídas” [sic] en cuyo comienzo se aclaraba que “Los últimos acontecimientos nos han demostrado la fragilidad de las coronas sostenidas por las cabezas reales. Hemos creído interesante para los lectores de *Mundial* agrupar las huidas y las caídas de cierto número de magestades (sic), dando a conocer algunos documentos raros” (83). Es sabido que esa general admiración por la aristocracia y la realeza llegó a sufrir periodos de desvaloración con la propagación de los gobiernos republicanos y los atentados a las personas reales, aunque la imagen idealizada

persistió porque, a la ajada prestancia se unía también una melancólica sensación de pérdida que entrañaba la constante amenaza de la muerte.

Salvo alusiones esporádicas, el primer texto de Rubén Darío que incluye la imagen de un rey es el conocido relato “El rey burgués”, que constituye uno de los primeros títulos publicados de *Azul...* (1888) ya que aparece en *La Época* de Santiago de Chile el 4 de noviembre de 1887. Como bien es sabido, se trata de un texto alegórico con el que Darío pretendía fustigar a la sociedad burguesa chilena y más especialmente al dueño del periódico en el que trabajaba, Eduardo Mac Clure. En este caso “el rey” es un rey de cuento, cuyo palacio y riquezas superan lo imaginable, con una gran debilidad por la belleza foránea, conseguida mediante su cuantiosa fortuna, aunque por mera exhibición y coleccionismo, y sin sensibilidad alguna para valorar el arte del poeta que muere de inanición en su fastuoso jardín: “El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados” (Darío, 1953, V: 626). En realidad el rey es un burgués al que Darío impone la parodia real y presenta, en sus costumbres, de modo muy distante a lo que debiera ser la imagen prototípica de la realeza. No es este “cuento alegre”, un ejemplo para analizar su postura frente a la imagen de las monarquías, pues aparte de que es una obra de ficción, destaca por el carácter paródico muy acentuado al enfrentar las dos caras subyacentes en el personaje, la de monarca y la de burgués. Lo que sí podemos adelantar es que a partir de ahora tendremos dos tipos de incorporaciones de las figuras monárquicas en la obra de Darío, las emanadas de los cuentos orales con su configuración mitificadora e hiperbólica², y las que provienen de la percepción directa, aunque, como se podrá comprobar, en ocasiones las dos líneas se entrometen y se superponen.

Para encontrar este tipo de semblanzas de la realeza tenemos que acudir a la prosa y, en consecuencia, a los trabajos que el poeta escribió para los periódicos, en especial las crónicas. No son excesivos en el comienzo de su obra los textos dedicados a personajes reales, aunque se incrementan con el transcurso del tiempo hasta culminar en su libro *Parisiense* aparecido en Madrid en 1907, en el que abundan las crónicas sobre personajes reales europeos contando siempre con el escenario fastuoso de París. De manera global, salvo algún artículo de tema más general sobre las monarquías europeas, los reyes de carne y hueso a los que se refiere en los primeros años son los más próximos, los de las cortes del Brasil, de Portugal y de España. Cronológicamente el primer trabajo que toma como figura central a un personaje real es una necrológica acerca de Pedro II de Brasil (1825-1891), que titula “Don Pedro” y que fecha en Costa Rica el 2 de diciembre de 1891 (Darío, 1950, II: 41-46). Como es característico de los obituarios, y más en la época modernista, el comienzo es solemne, hiperbólico y retórico (“El anciano imperial ha desaparecido con la majestad luminosa de un sol que se pone”), para

² Parecida dimensión que “El rey burgués” tiene “Este es el cuento de la sonrisa de la princesa Diamantina”, fechado en 1893, y publicado en la serie “Mensajes de la tarde” de *La Tribuna*, Buenos Aires, 3 de octubre de 1893. (Darío, 1990: 263-265). El tono del comienzo resulta evidente: “Cerca de su padre, el viejo emperador de la barba de nieve, está Diamantina, la princesa menor, el día de la fiesta triunfal. [...] viste toda de blanco; y es ella, así, blanca como un rostro de virgen, como un diminuto pájaro de carmín que tuviese las alas tendidas, su boca, en flor”.

pasar a desplegar los valores del monarca que ha muerto en el exilio parisino. Y sobre todo destacar que finaliza su vida amando al Brasil “su país de sol y de diamantes” con una alusión explícita a su labor de estadista: “donde libró a los negros, donde su pueblo le amaba, donde, bajo su cetro suave, la libertad tendía sus alas, tan blancas como su regia barba de nieve” (41). La biografía, someramente aludida, expresa la enorme simpatía que le despierta el personaje, ya que el texto transcurre dentro de una perspectiva amable y en ningún momento da lugar al enjuiciamiento de su reinado. Este paternalismo en forma de “humanismo ilustrado” es algo que percibe bien Juan Manuel Fernández al analizar la presencia de Brasil en la obra de Darío, llamando la atención sobre el modo en que utiliza el nombre del monarca brasileño como punto de comparación para otras monarquías como la de Leopoldo II de Bélgica; lo que pone a prueba la falta información y hasta la ligereza del poeta acerca del cruel colonialismo del protectorado belga:

Coincide también, por extensión, con una difundida representación paternalista y benevolente de la economía esclavista brasileña. La abolición de la esclavitud declarada durante su reinado sería, para Darío, una de las manifestaciones más evidentes de su humanismo ilustrado. Podemos observar, en las mismas crónicas en las que Darío menciona a Brasil, una transformación de su representación de las naciones esclavistas, en las que mantiene como constante, a su vez, la representación de Pedro II y el imperio de Brasil como abolicionistas (Fernández, 2012: 108).

Parece seguro que Darío conoció la figura de Pedro II a través de las noticias que publicaba el periódico en el que trabajaba en Chile. Él mismo refiere una anécdota de aquellos años cuando al director de *La Época*, Eduardo Mac Clure, se le ocurrió enviar al monarca un ejemplar del periódico en donde aparecía una foto del emperador con un breve comentario. Don Pedro respondió amablemente y envió una “traducción portuguesa suya, de la oda de Manzoni 'Al 6 de mayo', verdaderamente magistral” (44) recuerda Darío, fascinado por la personalidad de Pedro II. Porque da la impresión de que lo que atrae de su figura no es solo el hecho mismo de que sea una figura de la realeza, sino que también se dedica al estudio de las más diversas artes y ciencias, es decir presentaba una doble aristocracia, la de la sangre y la del espíritu, “Nacido para la verdad y para el arte, penetra en las matemáticas, se convierte en políglota, sabe de los astros y de la Medicina; conoce todas las literaturas, y gusta de la amistad de sabios y de poetas” (42). A ello se une una personalidad sencilla y amable, lo que le lleva a concluir que “Quizá era demasiado sabio para ser hombre de Estado; quizá era demasiado poeta para ser buen gobernante” (43). Como suele suceder en las crónicas darianas existe una apoyatura documental acerca del personaje y un deseo de presentar ajustadamente su figura, ello le lleva a citar unos párrafos del historiador Luis Blanc³ que apuntala su compleja dimensión de estadista, como la frase que procede de la entrevista que este autor le realizó en Lisboa: “Si soy un inconveniente para el

³ Louis Blanc (1811-1882), político e historiador socialista francés, colaborador de periódicos de la época. Anota Darío la frase que resume la entrevista: “Deseo, señor, que los demás soberanos no se parezcan a vos; porque si ellos se os asemejasen, no podríamos hablar nada en su contra y retardarían el advenimiento de la República Universal. (Darío, 1950, II: 43)

bien de la patria, quedo resignado y gozoso en el destierro. Soy hombre de hechos, no de palabras” (45) y al mismo tiempo destacar su perfil de hombre culto, lo que le impulsó a asistir, en el exilio, a sesiones en centros científicos franceses como el Instituto de Francia. La conclusión de la necrológica es que “Don Pedro de Braganza [es] el último de los Marco Aurelios” (46), una comparación clásica que, como ha indicado Juan Manuel Fernández, recordando el trabajo de Ángel Cappelletti (108), no es original de Darío sino que procede de Víctor Hugo, pero que, en todo caso, resume bien la admiración y la estima que quiere transmitir a los lectores.

Esta necrológica es fruto de la atracción, no exenta de exotismo, que supuso para el poeta no solo la figura de don Pedro como emperador en sí, con sus valores políticos e intelectuales, sino el hecho de ser un literato y pensador reconocido en la época, lo que contrastaba con el desprecio que ostentaban los burgueses ante los valores culturales. No creo que esta semblanza sea representativa totalmente de su visión de las monarquías del momento, pues todavía no había tomado contacto con ellas. Tampoco había viajado a Brasil, país por el que manifestará gran atracción y que visitará en dos ocasiones, en 1906, al celebrarse la III Conferencia Panamericana, y en 1912 cuando hizo la gira de difusión de las revistas que dirigía en París, *Mundial* y *Elegancias* (Fernández, 2012:106). Es evidente que a comienzos de la década de los años 90 estamos todavía en la fase inicial de la obra literaria de Darío.

Al año siguiente de la publicación de esta crónica sobre el monarca brasileño, en 1892, el poeta viaja por primera vez a España y tiene la oportunidad de observar más de cerca a las familias reales, tanto la española como la portuguesa. Se constata que en las sucesivas visitas, en 1892 y en 1898, las figuras reales se corporeizan y adoptan una presencia más cercana, menos libresca, las noticias le llegan no solo por la letra escrita en periódicos y revistas, sino también de forma directa, por los comentarios orales. Curiosamente la primera figura que aparece en su pluma es la reina Amelia de Portugal, en un texto que suele incluirse entre los cuentos, “Esta era una reina...” (Darío, 1990: 248-251)⁴, cuyo origen es la crónica fechada en Madrid el 14 de noviembre de 1892, en el momento en que, tres meses antes, en agosto, Darío había venido a España como delegado de Nicaragua ante los fastos que se organizaban en torno al IV Centenario del Descubrimiento. Se publicó en “Mensajes de la tarde”, una serie que fue apareciendo durante pocos meses, de septiembre de 1893 a febrero de 1894, en el periódico *La Tribuna* de Buenos Aires. Es allí donde se publica la crónica (30 de septiembre de 1893) bajo el título de “La reina Amelia de Portugal”, precedida de un párrafo en el que aclara que esta crónica estará destinada a las damas, “elegantes lectoras de *La Tribuna*”, una preferencia que hoy resulta trasnochada pero que era frecuente en la época en las revistas de sociedad. Y sin embargo, la ironía del autor, más frecuente de lo que parece, hace que tome, para firmar las crónicas, el pseudónimo de Des Esseintes, el dandy provocador de *À rebours* (1884) de Joris Karl Huysmans: “No será cuento lo que os dedicaré, sino una página de diario. Anteayer, los reyes de Portugal han estado de cumpleaños, y de fiestas regias. Des Esseintes arranca para vosotras de su Journal las líneas siguientes, sobre la rosa real que acaba de ser justamente

⁴ También está incluida en el IV tomo de sus *Obras Completas*, 1955: 622-629.

aclamada en el palacio de Ajuda” (248). Este y otros textos similares de alguna superficialidad o frivolidad no fueron extraños en la pluma de Darío, tan necesitado de sostenimiento económico.

La figura de la reina portuguesa y ese primer contacto con la corte real española le impactaron tanto que rememora el momento en su *Autobiografía* (1912), donde explica cómo los miembros de la delegación de Nicaragua recibieron a los reyes de España y a la reina Amelia en la Exposición Histórico-Americana de Madrid. Las frases de Darío, recordando el episodio, muchos años después, son elocuentes por sí mismas: “El día de la visita fue la primera vez que observé testas coronadas. Me llamó la atención fuertemente la hermosura de la reina portuguesa, alta y gallarda como todas las Orléans, y fresca como una recién abierta rosa rosada. Iba junto a ella el obeso marido, que debía tener un trágico fin” (Darío, 1950, I: 93). Vemos aquí, ya transcurridos veinte años, cómo el autor confiesa que fue la primera vez que vio de cerca personajes de la realeza al mismo tiempo que hace alusión al fatal desenlace de Carlos I de Portugal que había muerto cuatro años antes en Lisboa, víctima de atentado en 1908 junto al príncipe heredero. La fastuosidad de las cortes atrae a Darío, pero por otro lado, y a medida que pasa el tiempo, se acrecienta en él la conciencia de que estamos en el declive de las monarquías, un dato que más de una vez comentará en otros textos o al hilo de su crónica.

Al referirse a la reina Amelia, es evidente la desrealización del personaje, y tal vez por ello, lo que fue en su origen solo una crónica ha dado en incluirse en los cuentos y relatos darianos. Amelia pertenece a la estirpe de las reinas fabulosas, Gloriana, Viriana, Mab, pero “Se llama Amelia, nombre que como oís, sienta bien a una princesa”. Una reina que “se casó por amor con un príncipe rubio” y continúa con la semblanza: “Jamás ha hecho el torno de la gracia un cuello a que mejor siente las perlas y los luminosos diamantes reales; y rara vez se ha visto cuerpo más a propósito para el manto” (249). La crónica, que abunda en elementos que acentúan su vida como la de un cuento de hadas, sin duda está más que envejecida en las expresiones de galantería que hoy no se sostendrían en absoluto, incluso cuando refleja el piropeo que Mariano de Cavia había escrito en *El Liberal*: “¡Viva la reina barbiana!” (desenvuelta, simpática) o cuando exclama, al ver “la flor de juventud que se presenta perfumada por una divina primavera”, un más basto “¡Me la comería!”, aunque añade acto seguido más prudente: “Anoche, en verdad, no daban tantos deseos de comerla, sino de besar su pequeña diestra de marfil rosado”. O siguiendo la desrealización ficcionalizada del personaje comenta: “Camina como una diosa, como una diosa joven y gallarda. El *patuit dea* la denunciaría en todos lugares” (250). Resulta visible que el autor identifica en ella a la princesa de un “cuento azul”, aunque desentone o la vuelva a la realidad un marido, D. Carlos, “a quien a pesar del sport y de sus frescos veintinueve años se le ha agrandado un poco la barriga” (250). Lo mismo puede decirse del cortejo real: “Las que venían tras ella, como sacadas de los cuentos, eran condesas regordetas, sofocándose, no dando paz al abanico; las damas de honor entradas en años, con su andar de pato ésta, algo miope aquélla, brazos gordos, sedas y terciopelos; esmeraldas y brillantes” (251). Pero lo que destaca al final es la diadema de la reina y una noticia que torna al mundo real, la actividad cinégetica del rey. Crónica frívola, supuestamente para lectoras, que recoge un momento feliz de la juventud de la

reina, y que sin embargo esconde un sino de tragedia, solo hay que repasar la vida de la soberana, que sufrió muertes familiares, intrigas varias y el destierro.

Pero cuando verdaderamente Darío toma contacto con la monarquía es en su segunda visita a España a partir de 1898. En las crónicas que envía a *La Nación* de Buenos Aires, y que luego serían recogidas en *España Contemporánea* (1901) aparecen alusiones varias desde el momento en que toca tierra española, aunque es sobre todo en la crónica titulada “El rey” donde se ocupa más ampliamente del monarca español, una crónica que varios años después, en 1909, sería ampliada y publicada por separado con el título de *Alfonso XIII*, perdiendo así su carácter más directo, de periodismo vivido al borde de la calle, para convertirse en una especie de folleto informativo.

En las primeras crónicas de *España Contemporánea*, la decadencia de España está ligada también a la decadencia de la monarquía, da la impresión de que Darío llega a este país para referir el final de la dinastía, en claro paralelismo con el final de los Austrias. Su pensamiento, al pisar las calles madrileñas es elocuente y viene a reflejar ese sentimiento. Dice en “Madrid” recordando la grandeza de las cortes pasadas: “¿Cómo hablarían ante el espectáculo de las amarguras actuales los grandes reyes de antaño, cómo el soberbio emperador, cómo los Felipes, cómo los Carlos y los Álfonsos?” (Darío, 2003: 57), el espectáculo que se le presenta es el de un rey enfermizo con una corona “quizá próxima a caer de la frente de un niño débil, de infancia entristecida y apocada”, a cuyo lado aparece “la pobre madre real en su hermoso oficio de sustentar al reyecito contra los amagos de la suerte, contra la enfermedad, contra las obscuridades de lo porvenir” (57-58). Esta primera impresión negativa y pesimista se matizará en la crónica posterior, titulada “El rey”, del 25 de abril de 1899 (Darío, 2003: 158-167), que aparece en *La Nación* con el mismo título el 24 de mayo de 1899.

“El rey” da comienzo con una imagen directa del heredero. El autor ya no habla de oídas, refiere que ha “visto pasar al rey D. Alfonso con su madre y sus hermanitas” por la Casa de Campo y ha podido observar bien su aspecto: “Tiene la cara, ya señaladamente fijos los rasgos salientes, de un Austria; es la de Felipe IV niño. Es vivaz y sus movimientos son los de quien se fortifica por la gimnasia” (158). La comprobación directa le hace desmentir la mala salud de Alfonso XIII para describirlo a continuación de manera atractiva y positiva: “don Alfonso es príncipe que sonríe, que monta a caballo, que hace sus estudios militares, y si de esta manera continúa, hay Borbón para largo tiempo” (159). No deja sin embargo de comentar que sus primeros años habían sido enfermizos, “Hubo un tiempo en que el rey estuvo casi invisible. Su salud era apagadiza, su aspecto no ayudaba a alentar a los partidarios de su dinastía” (162), con lo que se creyó que el joven no alcanzaría a llegar a la edad de coronarse ya por su organismo o por las conveniencias de la política (165). Algunas anécdotas de su infancia⁵ hacen más próxima y humana su figura y desmienten que Alfonso XIII pueda ejemplificar la decadencia de la monarquía española atacando el atrevimiento de Émile Zola que ha querido verlo como un ejemplo vivo de la herencia de la estirpe (163). Todo le

⁵ Dedicar buen espacio a referir anécdotas que definen su posición de monarca y a explicar la actitud del joven príncipe que es consciente de su poder: “sabe ya que es el jefe absoluto, pues los viejos generales inclinan ante él sus barbas blancas: sabe que tiene el toisón de oro sobre su uniforme de cadete, pasajero uniforme que será mañana sustituido por el de generalísimo, sabe que es el rey”. (160)

hace concluir que “La leyenda de un reyecito enclenque y cabezudo, de un niño raquíto, se ha concluido” (158).

La crónica adolece de conservadurismo y hasta de adulación, no hay referencias directas a los problemas de su reinado ni del precedente de la reina regente María Cristina⁶. Siguiendo los estudios al uso más tradicionales se focaliza en el tema clásico de la educación del joven monarca, bajo la influencia de una madre “sencilla y poco ostentosa” que ha hecho que lleve una vida más bien burguesa: “Sé que en lo íntimo de la familia, la educación del rey es lo más burguesamente posible” (162). Lo curioso es que a la defensa de los valores del joven rey, al que intenta presentar en sus aspectos más positivos, se une también la defensa y la admiración por la reina regente, “una madre ejemplar” (162) que tiene fama de tacaña⁷. La crónica continúa siempre desde una perspectiva de lectura social amable, contemporizadora y sin aristas, añadiendo anécdotas varias, hablando de sus compañeros de juegos entre la alta nobleza, y bastantes páginas acerca de su educación, y no solo la militar porque

en nuestra época se exige algo más que eso; formar el alma, el carácter del rey, enseñarle a dominar sus pasiones, darle lecciones de moralidad y de religión, es ya mucho; pero habría que ayudar a formarse al mismo tiempo al rey y al hombre; hacerle comprender el espíritu de su tiempo, alargar sus vistas en el horizonte moderno, hacerlo salvar los muros de la tradición, prepararle para las exigencias de su época. (159)

La documentación del Darío periodista siempre está presente y en este caso le lleva a incluir referencias y opiniones autorizadas de uno de los más reconocidos personajes de la época, el del catedrático de Derecho Político de la Universidad de Oviedo, Adolfo Posada (1860-1944), discípulo de Giner de los Ríos, en uno de sus más conocidos artículos aparecido en *La España Moderna* en el que se plantea el tema de “La educación del rey”. Darío advierte la importancia del ensayo de Posada escrito en 1894, que debió comentarse en los medios madrileños, y le dedica amplio espacio parafraseando sus ideas e incluso trasladando algunas de sus frases. Dada la situación de la corona española, bajo la regencia de María Cristina, y cuando el futuro monarca tenía ocho años, el tema de su educación era una preocupación en los círculos intelectuales y sobre todo se quería marcar la diferencia que existía entre la educación de un rey absoluto y uno constitucional, un rey que reina y no gobierna. Algunas ideas de Adolfo Posada constituyen planteamientos lúcidos al discurrir sobre la dificultad de esa educación planteando que el futuro rey “debiera educarse, a ser posible, como se educan los hijos de las demás personas bien nacidas, y cuyos padres se preocupan seriamente de su

⁶ En “El lavatorio en Palacio”, una crónica que forma parte de la sección “Mundo adelante”, (Darío, 1955, IV: 592-4) presenta la impactante escena del lavatorio de pies a los pobres por parte de la reina en el Palacio Real. Curiosamente incluye algún comentario acerca de la situación social, lo que demuestra que su autor no era insensible a tales desigualdades: “pero..., ¿y la miseria? ¿Y los innumerables mendigos que andan por las cortes y por toda España rugiendo de hambre? ¿Y los martirios de Montjuich? (sic) ¿Y el anarquismo, flor de los parias? ¿Y la perversión infantil instalada a los ojos de la capital de S. M. Católica?»”. (594)

⁷ Comenta: “no creo que el pueblo prefiriese una reina derrochadora delante de la miseria que abruma a las clases bajas, a una reina económica que hace lo que puede por socorrer infortunios de los menesterosos; que es aclamada a la puerta de los asilos que visita y sostiene”. (162)

educación. Mucho cariño en el hogar, mucha intimidad en la familia; que ni por un momento pueda ocurrírsele al niño que es rey” (Posada, 1894: 36); más adelante insistirá en la importancia de que el joven rey ya formado acceda al trono por sus virtudes, honradez, seriedad y amor al pueblo, porque “un rey así podría ser, ante todo, un buen ciudadano que llevara en el alma la íntima convicción de que sus elevadas funciones aun cuando llegaran a él por obra y milagro de la herencia, con funciones que deben desempeñarse en bien de la sociedad o del Estado, a quien, en definitiva, corresponde disponer de ellas” (42).

Darío advierte la importancia de estos juicios, los reyes hoy día reinan y no gobiernan, aunque conceda que permanece la parte estética de “la representación real, [que] adquiere hoy en medio de su brillo cierto por el valor histórico, por sus viejos símbolos, un vago prestigio de ópera cómica” (Darío, 2003: 160). Frase esta última que evidencia en el pensamiento del poeta el carácter ya trasnochado de los protocolos reales. Pero lo que importa es imbuir al joven príncipe la noción de una existencia democrática, tema menos arriesgado que reflexionar sobre los acontecimientos políticos del momento, para los que no hay más que alusiones generales, como cuando dice que ha habido momentos duros para la monarquía “pero prevaleció el concepto de la patria en los partidos contrarios y ni carlistas ni republicanos intentaron seriamente nada” (166), para concluir que el príncipe “puede esperar tranquilo la hora de su reinado”, aunque “Por ahora D. Alfonso XIII no se calienta el cerebro con tantas historias y filosofías, y prefiere su esgrima y su jaquita. Hace muy bien” (166). Recordemos que Alfonso XIII había nacido en 1886 y tenía entonces tan solo trece años.

Tono parecido, incluso más complaciente resulta ser el trabajo titulado “Su majestad el rey don Alfonso XIII” (Darío, 1950, II, 1035-1056), un texto fechado en 1909 y que es ampliación de la crónica precedente, pues incluso la reproduce casi por entero⁸, indicándolo en el comienzo, aunque olvida hacerlo en la parte más extensa que constituye el final. Dado que se trata de confeccionar una especie de folleto informativo y de homenaje, da comienzo con la escena del nacimiento del rey para añadir luego aspectos ya tratados acerca de su educación. No existe ninguna valoración de los temas de su reinado, como puede ser la situación de las clases populares y obreras, la guerra de África y el nacionalismo catalán, por ejemplo, tan solo aparece un párrafo en el que se puede apuntar algún tipo de alusión: “A él le ha tocado un tiempo de decadencia de todo ideal, de despertamiento de pasiones y violencias sociales, de locuras colectivas que se traducen en furiosos ímpetus aislados; de ansia de goces, agonía de esperanzas y luchas terribles por la consecución del dinero. El Dinero, el dios de la época” (1039). Quizá la parte más interesante es la que introduce el testimonio directo del trato con el rey: “Las veces que he tenido la honra de conversar con él, no me ha preguntado si la princesa está triste, o si ríe la marquesa Eulalia; en cambio, me ha hablado con mucho conocimiento sobre el asunto del antiguo proyecto del canal

⁸ A partir de la página 1044 y ss. resume y reproduce el artículo anterior de 1899, se refiere a Adolfo Posada y la educación del rey (“la educación de un monarca constitucional implica varias anomalías”1045), continúa hasta la página 1055 reproduce casi entero el capítulo anterior. En el apartado 51 de la *Autobiografía* hace una breve referencia al rey niño: “Volví a ver al rey niño, más crecido, y supe de intimidades de palacio; por ejemplo, que su pequeña majestad llamaba a sus hermanitas, las dos infantas hoy yacentes en sus sepulcros de El Escorial, a la una *Pitusa* y a la otra *Gorriona*”. (1950, I: 146)

por Nicaragua, y me ha parecido muy enterado de la vida política centroamericana” (1040-1041). En resumen, Darío presenta su figura en sus rasgos más ejemplares, realizando una defensa del monarca mediante una cierta pomposidad en las expresiones y una visión bastante edulcorada de su actividad y figura. Y sin embargo no parece Rubén Darío partidario total de la aristocracia, aunque le atraiga el boato regio, y si no, véase el impactante artículo aparecido en la misma *España Contemporánea*, “La joven aristocracia”, tremenda sucesión de los desmanes de los jóvenes aristócratas (368). Una crónica que concluye de forma tajante: “No, no puede aguardar nada a España de su aristocracia. La salvación si viene, vendrá del pueblo guiada por su instinto propio, de la parte laboriosa que representa las energías que quedan del espíritu español, libre de políticos logrereros y de pastores lobos”. Esta crónica, como otras reunidas en *España Contemporánea*, reproduce bien la postura de Darío frente a la situación española.

Para ir avanzando en la revisión de las crónicas que presentan esta temática, tenemos que referirnos a un artículo más general acerca de las cortes de los príncipes que aparece con el número IV en el Libro segundo de *La caravana pasa*⁹, un texto de 1904, “La tumba de los nuevos Atridas” Darío, 1950, III, 1007-8) y por último a las crónicas que forman parte de *Parisiana* (1907) como es el caso de las tituladas “Figuras reales”, “París y el rey Eduardo”, “París y el rey Víctor Manuel”, “Idilio en falso”, “Reyes y cartas postales” y “Pequeña aventura de una princesa de Francia” (Darío, 1955: 1171-1304).

El texto de *La caravana pasa*, que Günther Schmigalle en su sistemática recuperación de las crónicas de Darío, titula “Matrimonios de príncipes”, se compuso en París, el 7 de diciembre de 1901, y fue publicado en *La Nación* el 15 de enero de 1902. Se trata de un trabajo que con claridad podría incluirse en el periodismo de sociedad o prensa rosa. Comienza así: “Una noticia llega: el príncipe consorte de los Países Bajos, le ha pegado a su mujer... Sensación. Indignación... Sonrisa... ¡Cómo! Ese muchachón teutón, educado a la prusiana, ha podido levantar la mano contra una reinita, que París ha visto, saludado y aplaudido”. El tono irónico menudea y la aureola real de los “cuentos azules” ya no existe: “¡Cómo! ¿Las majestades y las altezas se tiran los platos y se tratan exactamente como el vecino del entresuelo, o del primero, o del segundo? (Darío, 2005: 93)

La crónica se organiza con sorpresas fingidas, exclamaciones retóricas y frases que reproducen en la pluma de Darío los episodios cotidianos y dramáticos de las distintas casas reales europeas, empezando por el zar Pedro III, siguiendo por Catalina de Rusia, los reyes de Austria, de Italia, Alemania, Servia, Portugal, para añadir unas frases acerca de la monarquía española: “En España, como es de razón, por el sol y por la sangre. Hay libros, memorias, cuentos, anécdotas, chascarrillos. Isabel II, don Francisco de Asís...”, acto seguido, como los episodios son muy conocidos y comentados ironiza, “¡Es delicioso el goce del hogar, en el esplendor de la corte de España!” (103). Como conclusión introduce la meditación y aventura: “¿Los príncipes de antes eran más felices que los de ahora?... Hay quien achaque la culpa de las desventuras de los actuales al periodismo, al reporterismo. Antaño la maledicencia cortesana no trascendía como hoy”. Pero reconoce que “El

⁹ También en Darío, 1950: 708-715

pueblo siente verdadero placer en la demostración práctica de que todos los seres privilegiados que tienen una corona o una autoridad, están sujetos a las mismas pequeñas miserias que el más humilde de los hombres” y llega a plantear que “el periodismo no deja noticia sin publicar [por lo que] las alcobas imperiales y reales son exhibidas a la mirada de un público lleno de odios y malignidades” (108). Frase esta última en la que se observa bien la postura de Darío, alejado del “público”, de la gente común, o de los pasajeros de la tercera clase, de los que comentó en primera crónica de *España Contemporánea*: “Hoy penetraré en el ambiente infecto de ese rebaño humano que exigiría la fumigación” (Darío 2003: 39).

El texto de 1904, “La tumba de los nuevos Atridas”, incluido en *De tierras solares a tierras de bruma* (Darío, 1950, III, 1007-8), continúa esta visión de la realeza y de las monarquías siempre marcadas por el esteticismo y el aura de la maldición:

A mí no me interesan esos príncipes antiguos que tienen su página correspondiente en los anales austriacos: no me atrae Matías, ni Ana, ni José, ni Leopoldo, ni Carlos. Yo voy a la izquierda, en donde duermen los porfirógenitos malditos, las coronadas testas perseguidas por el destino, la familia misteriosa y fatídica de los Atridas modernos, esos Hapsburgos (sic) rubios o brunos, jóvenes o viejos, pero idénticos en el sufrimiento, en la desventura, en la tragedia (1007).

Las figuras reales que alcanzaron una vida normal no le impresionan al poeta sino las “tristes grandezas desaparecidas entre la locura y la sangre; seres de vidas extraordinarias que realizan las más lúgubres y dolorosas creaciones de los poetas del destino, de los dramaturgos del misterio” (1008). Con lo que volvemos a tener la doble línea, la real y la marcada por la literatura, por la ficción. Materia de su poesía, de su literatura, los reyes, los príncipes donaban sus efigies y sus vidas para que hubiera opción a la ensoñación y la imaginación.

Y por último las crónicas que aparecen en *Parisiense*, textos que presentan una gran homogeneidad ya que el tono general lo marca la ciudad de París, una ciudad que Darío admiraba pero también temía, como bien lo expresa en la “Epístola a la Señora de Leopoldo Lugones”: “Y me volví a París. Me volví al enemigo / terrible, centro de la neurosis, ombligo / de la locura, foco de todo *surmenage* / donde hago buenamente mi papel de *sauvage* / encerrado en mi celda de la *rue Marivaux*, /confiando sólo en mí y resguardando el yo” (Darío, 1953, V: 1023). Pero este no es el momento de la sinceridad sino el de presentar el espectáculo parisino y convertirlo en crónicas vendibles, amables y amenas, muy del gusto de la sociedad a la que iban dirigidas. Crónicas como “París y el rey Eduardo”, o “París y el rey Víctor Manuel” trazan las semblanzas y las trayectorias de las testas coronadas europeas más salientes y su vinculación con la capital de Francia, en el primer caso del rey británico y en el segundo del italiano. El tono pueden ejemplificarlo estas dos frases que muestran al primero de los soberanos citados: “El sonrío a la muchedumbre que lo aclama, que lo aclama como aclama al zar, al sha, al rey de cualquier parte, porque es rey, porque el pueblo de París gusta de los reyes, porque eso es decorativo” (1193) y justifica acerca del segundo: “Los usos monárquicos se saben guardar bien en esta Francia, que tanto de su esplendor y de su arte debe a

los reyes...” (1203). Tanto “Idilio en falso”, como “Pequeña aventura de una princesa de Francia” son crónicas que mucho se acercan a la prensa rosa al comentar ciertos rumores de amoríos reales, anécdotas incluidas, como lo es también “Reyes y cartas postales”, aunque en ella quepa una mayor reflexión y humor. Quizá la más interesante para nuestro cometido es “Figuras reales” (1171) repaso de los monarcas europeos y sus trayectorias ya en decadencia. Se puede hablar de una especie de danza de la muerte en la que el paso del tiempo iguala y hace suyos a las más conspicuas testas coronadas. Por ahí pasan Eugenia de Montijo: “Después de una horrenda tempestad de sangre y duelos, he ahí en lo que ha venido a parar: en una triste vieja enlutada, llena de amargura y desdeñada de la muerte” (1171), una personalidad que se creyó dueña del mundo entregada a los placeres refinados del poder, en cambio “La suerte fue dura, áspera y dura, con Eugenia de Montijo” (1172) que vive bajo ese espectro andante enlutado, “una muerta que está en pie” (1172). Darío sigue enumerando reinas de origen español como Isabel II, “Doña Isabel se mantiene en su regio retiro, visitada por sus fieles amistades, y cuando llega la villégiature se va a un castillo no lejos de París” (1173), o el aristócrata don Carlos de Borbón. A ellas se unen personajes reales de otros países europeos como el Gran Duque de Toscana, el duque de Parma, el duque de Orleans, cuya esposa, María Dorotea de Austria, tiene un rostro adecuado para la diadema y “un cuello peligroso para la guillotina” (1177), el gran duque de Luxemburgo, el duque de Cumberland, del ducado de Brunswick, entre otros. La prueba de que este desfile real tiene mucho que ver con las danzas de la muerte es que la crónica finaliza con la alusión a los reyes negros Behanzin y Ranavalona, que no piensan volver a sus países sino que en sus destierros de París “gozan, como pueden, como animales”. Para finalizar con indudable sarcasmo igualitario: “A reyes blancos y negros el tiempo dice: «¡Fuera»! // Y la muerte: «¡Aquí».

Referencias bibliográficas

- Darío, Rubén. *Alfonso XIII*. Madrid: Biblioteca Ateneo de Autores Americanos, 1909.
- Obras completas, Tomo I, Crítica y ensayo*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1950.
- Obras completas, Tomo II Semblanzas*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1950.
- Obras completas, Tomo III Viajes y crónicas*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1950.
- Obras completas, Tomo V Poesía*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1953.
- Obras completas, Tomo IV, Cuentos y novelas*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1955.
- Cuentos Completos*. Ed. Ernesto Mejía Sánchez, nota y cronología de Julio Valle Castillo, estudio preliminar de Raimundo Lida. La Habana: Ed. Arte y Literatura, 1990.
- España Contemporánea*. Ed. Noel Rivas Bravo. Sevilla: Ed. Renacimiento, 2003.
- La caravana pasa, Libro segundo*. Ed. crítica, intr. y notas de Günther Schmigalle. Managua/Berlín: Academia Nicaragüense de la Lengua/Ed. Tranvía, Verlag Walter Frey, 2005.
- Fernández, Juan Manuel, “Rubén Darío. Una obnubilación brasileña”, *Caracol*, n.º. 3 (2012), pp. 102-133.
- Gullón, Ricardo, “Esteticismo y modernismo”, *Cuadernos Hispanoamericano*, n.º. 212-213, agosto-sep. de 1967, pp. 373-387.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *Modernismo*. Barcelona: Montesinos Editor, 1983.
- Ibels, Andrés, “Magestades (sic) caídas”, *Mundial Magazine*, vol. 1, n.º. 1 (1911), pp. 83-89.

Posada, Adolfo, “La educación del rey”, *La España Moderna*, tomo LXIII, 3, marzo de 1894, pp. 29-42.

Rama, Ángel. *Rubén Darío y el modernismo. Circunstancia socioeconómica de un arte americano*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970.